

# En recuerdo de Roy Porter

TERESA HUGUET HERMES (\*)

BIBLID [0211-9536(2002) 22; 523-528]

Paradójicamente, una soleada mañana de domingo de la tranquila localidad costera de St. Leonards, al sur de Inglaterra, obscurecía para siempre la vida de uno de los mejores historiadores que ha conocido una generación. Roy Porter fallecía repentinamente el 3 de marzo de este año a los 55 años de edad, mientras regresaba en bicicleta a su nueva morada. Al poco tiempo un sinfín de noticias confusas se suceden; innumerables rostros atónitos ante las pantallas de sus ordenadores que se resisten a avanzar en la lectura de un correo electrónico encabezado por el escueto epígrafe de «sad news»; en definitiva un sinnúmero de nosotros que no podemos dar por cierto que es de la muerte de Roy, de lo que trata el mensaje. Simplemente, no puede ser: ¿Pero no era Roy inmortal?

Roy Porter reunía las cualidades que convierten a un ser humano en excepcional, a todas luces; una de esas criaturas para quienes la muerte jamás se concibe ni se «espera». «Superhumano» —en su sentido más legítimo— es la palabra. Pues no se puede vislumbrar como finible alguien tan incombustiblemente prolífico, tan poco convencional, tan exóticamente generoso de espíritu, tan infinita, original, gratuita y profundamente comunicativo, con tanta información y tan buena disposición a compartirla. Desde los hechos históricos más desconocidos hasta las más complejas ideas, Roy sabía transmitirlo todo con pasión, sencillez e infeccioso sentido del placer.

---

(\*) Becaria postdoctoral de la Comunidad Autónoma de Madrid. Dpto. de Salud Pública e Historia de la Ciencia. Facultad de Medicina. Universidad Complutense de Madrid. Plaza Ramón y Cajal, s/n. 28040 Madrid. E-mail: thuguet@eresmas.net

El principal foco de su carrera académica fue la relación entre ciencia y cultura así como las vías a través de las cuales la comprensión de los hechos científicos impregna —y se impregna de— los valores y presupuestos de la sociedad en la que éstos se desarrollan. Sus principales áreas de interés fueron la historia social e intelectual del s. XVIII, la historia de la medicina y la historia de la psiquiatría. Su periodo crucial fue el *Enlightenment*: la era de las tertulias con sabor a café y de los placeres envueltos en perfume de jardín; la era del espíritu radical de indagación, del derribo de tabúes, de las suaves contradicciones, de la exhuberancia, de la pobreza, de los caóticos sistemas de asistencia social y médica, de los escritores y escritoras enérgicos, de los indomables buscavidas y, por encima de todo, de la quiebra de antiguas certidumbres científicas, morales y políticas. ¿Podía Roy encontrarse más a gusto en el estudio de cualquier otro periodo?

Sus intereses abarcaron desde la geología hasta la historia de la ciudad de Londres; desde la gota y la locura al *Enlightenment* británico, con especial preocupación por el paciente (por encima del médico); desde la historia de la psiquiatría y la de sus «locos» a la de la sexualidad, del cuerpo, de la fisiognomía y del erotismo. En momentos en los que una parte de la historia que se autodenomina «académica» puede resultar al observador, descentrada, demasiado especializada y rígidamente controlada, el estilo de Roy Porter era deliberada y gloriosamente subversivo. No conoció límites mientras las fuentes se lo permitiesen, ya fuesen desde la literatura, la caricatura, la correspondencia, los diarios personales, etc.

Fue capaz de entusiasmarse con el quehacer cotidiano de las personas, de dar vida a lugares, a movimientos intelectuales, a formas de sufrimiento, a sentimientos; y de una forma tan suavemente perceptiva, tan deliciosamente irreverente... Ello no fue óbice para que fuese mimado por el *establishment*. Prueba de ello, su elección como miembro de la *British Academy* en 1994, y su condición de miembro honorario del *Royal College of Physicians* de Londres y del *Royal College of Psychiatrists*.

Roy Porter había nacido en 1946 en el seno de una humilde familia del *South End* londinense. Su innato talento le llevó a la Universidad de Cambridge donde se graduó en 1968. En 1974 completa su tesis doctoral sobre el desarrollo de la geología en el s. XVIII. En 1977 se convierte

en decano del Churchill College. Poco después aparece la primera de las más de 100 monografías que firmaría a lo largo de su vida: *The making of geology* (1977). En ella explora las corrientes intelectuales que permiten a los geólogos del s. XVIII cuestionar el relato bíblico de la creación, disponiendo el camino para las teorías modernas evolucionistas de Darwin y de sus sucesores. En el relato de su historia, los fósiles dejan de ser juguetes celestiales o restos de criaturas que escaparon al diluvio universal y se convierten en los restos petrificados de seres que simplemente se extinguieron hace millones de años. En 1979 y en busca de más tiempo y más facilidades para su investigación se traslada al entonces *Wellcome Institute for the History of Medicine* de Londres donde en 1993 obtiene el puesto de *Professor* de Historia Social de la Medicina. En 2001 se retiraría, siendo nombrado *Professor Emeritus*.

Dentro de la interminable lista de publicaciones suyas aparecidas desde finales de los años setenta, destacan volúmenes colectivos como *Images of the earth: essays in the history of environmental sciences* (ed. con Ludmilla Jordanova, 1979), sobre las ciencias de la tierra, *The ferment of knowledge: studies on the historiography of the eighteenth century* (ed. con G. S. Rousseau, 1980), sobre la ciencia del siglo XVIII, y *The enlightenment in national context* (ed. con Mikuláš Teich); que Roy promovió convencido del potencial de las colecciones de ensayos como instrumento de cambio de arraigadas formas de pensar. En 1981 aparece el *Dictionary of the history of science*, dirigido junto a W.F. Bynum y J. Browne. A comienzos de la década de los 80, inicia junto a Bynum una serie de seminarios de investigación sobre la historia de la psiquiatría, que alimentarían a toda una nueva generación de historiadores de esta disciplina y serían semilla de *The anatomy of madness. Essays in the history of psychiatry* (ed. W.F. Bynum, R. Porter y Michael Shepherd, 1985, 3 vols.), obra que marca el inicio de la era post-antipsiquiátrica en el marco de su historiografía. El año 1987 es testigo de la aparición de seis volúmenes editados por Porter y de cuatro escritos de su propia pluma, incluyendo los dos frutos más destacados de su investigación personal en la historia de la psiquiatría: *Mind forg'd manacles: a history of madness from the Restoration to the Regency* y *A social history of madness: stories of the insane*. Pero Roy no dejó de abrirse a nuevos campos. Escribió historia desde el punto de vista del paciente y en *Patients and practitioners* (ed. R. Porter, 1985) marcó nuevos parámetros. Demostró cómo la teoría foucaltiana del

*grand confinement* y la exclusión de la locura de la Era de la Razón, no podían dibujar una imagen real de la forma en que se construyó la locura «británica».

Entre las monografías que publicó en 1989 destacan *Health for sale: quackery in England 1660-1850* y *Patient's progress: doctors and doctoring in eighteenth-century England*, ésta última escrita junto a su tercera esposa, Dorothy Porter. En medio de otras muchas, en 1993 editó junto a W.F. Bynum, la *Companion encyclopedia of the history of medicine*, una importante obra de referencia en historia de la medicina. Un año después, apareció otra distante temáticamente pero de especial valor para su autor y que ha sido catalogada como su mejor monografía: *London: a social history* (1994). Su fascinación por el significado social, simbólico, moral y cultural de la enfermedad y sus preguntas sobre cómo la historia de la medicina puede ayudar a su descifrado inspiraron uno de sus últimos libros *Gout: the patrician malady* (1998).

Mientras tanto prepara su gran obra: *The greatest benefit to mankind: a medical history of humanity from antiquity to the present*, publicada en 1997, donde examina el pensamiento y la práctica de la medicina desde Hipócrates hasta el mundo actual. Se preocupa de las vías a través de las cuales la enfermedad se convierte en producto de la civilización y de cómo la interacción entre ambas ha provisto al ser humano de las armas para combatir la enfermedad. Al mismo tiempo se suceden sus volúmenes editados en torno a temas tan interesantes como las aguas y los baños, el legado foucaultiano, la historiografía de la psiquiatría, las drogas, la ciencia del sexo, la psiquiatría clínica, la revolución industrial, la era de la ansiedad. En 2000 y en *Enlightenment: Britain and the creation of the modern world*, Porter revisa la idea de la «Ilustración británica» como perteneciente a una elite intelectual excesivamente confiada en el poder de una razón para solucionar los problemas del mundo, y propone concebir este movimiento cultural como un proceso multi-forme propulsado por nuevas revoluciones en la imprenta, microscopios y telescopios, novelas y representaciones teatrales, panfletos y polémicas y, por encima de todo, por una sociedad que decididamente flirtea con nuevas ideas en busca del placer. El libro fue galardonado con el Wolfson Prize de Historia y adaptado como programa de televisión. El año 2001 fue testigo de *Bodies politic: disease, death and doctors in*

*Britain (1650-1900)*. Durante años fue director de importantes revistas como *History of Science* o *History of Psychiatry*, ésta última junto a German Berrios. Colaboró activamente en programas televisivos, convencido de la procedencia y dignidad del esfuerzo por poner el pasado al alcance del mayor número posible de públicos.

Tuve el honor de conocerle una mañana del otoño de 1998, en el marco de un «tour» que Sally Bragg, por aquel entonces responsable administrativa del Instituto Wellcome, me brindó a través de las oficinas del «staff», recién llegada a la Institución que debía acogerme a lo largo de los dos años siguientes. «El Profesor Roy Porter!». Recuerdo contemplar un despacho amplio, y potencialmente luminoso, si no fuese por la infinidad de libros, archivadores, estanterías ... Recuerdo también una tabla de ajedrez. Allí de pie junto a una mesa que soportaba una avalancha de papeles y junto a un ordenador con fondo azul en su monitor (¡otro adicto al Word Perfect!, pensé) vi a un hombre ante una gran maleta, preparando su equipaje. Confieso que me sorprendió la escena y el aspecto de aquel personaje, tan distinto a los del resto del corredor. Roy advirtió mi presencia y en medio de su trajín tuvo a bien enviarme su infantil, cobijante y serena sonrisa, de esas que tranquilizan al recién llegado a nuevos mundos percibidos como inseguros y no menos inquietantes. Confieso de nuevo, y sé que eso es mucho confesar, que no sabía entonces quién era Roy Porter. No sabía entonces que aquel tipo de perenne melena rizada y despeinada, barba de dos días, ajustada camisa desabotonada, ostentosa cadena en su cuello, pantalón vaquero, botas puntiagudas, mirada taciturna y anillo en cada dedo, era uno de los más grandes historiadores de la medicina.

Descubrir al Roy historiador fue muy fácil. Me bastó deleitarme con sus libros perfectamente alineados sobre estanterías que llevarían su nombre en las mayores y menores librerías y bibliotecas, ya fuesen londinenses, oxonienses, etc.; con su prosa sencilla y clara, con su lucidez, con su brillantez en cada comentario, en cada pregunta, en cada una de sus respuestas (porque la mayoría de las veces no conocía las respuestas a sus preguntas), en cada una de sus notas manuscritas en rojo o en verde que redactaba con los rotuladores multicolores ostensiblemente presentes en el bolsillo de su chaqueta vaquera, escritas en el mismo pedazo de papel que pocas horas antes había dejado en su

casillero; con su «Yes, please» cuando se le pedía poder asistir como oyente a sus clases, con su buen humor, excelente conversación, con sus miradas a lo alto con los ojos cerrados transmitiendo la excitación del que razona...

En el espacio de tiempo al que no tiene más remedio que renunciar un «carismático», Roy hizo ademán de establecer un horario de visitas, pero no creo que jamás lo cumpliese. Su puerta seguía abierta a horas intempestivas y sus palabras de ánimo al alcance de quienquiera lo necesitase. Concebía la experiencia docente como una experiencia de aprendizaje. Resultaba llamativa la amabilidad con que solía iniciar los debates, en concreto los de los seminarios de trabajo (*Work in Progress*) que se encargaba de moderar y que tanto nos asustaban al principio, por más que pronto nos hiciese sentir lo fácil que resultaba involucrarse en ellos.

Pero la puerta de Roy a este mundo, la del hombre también misterioso y privado cuyos impulsos a veces se resistían a las explicaciones, se nos cerró bruscamente a todos una mañana soleada en St. Leonards. Únicamente su inseparable bicicleta le acompañó en la última travesía; aquella travesía para la cual Roy no tuvo tiempo de preparar el equipaje; aquella travesía cuya «historia» jamás hubiésemos creído que Roy «escribiría» tan fugazmente.